

# No dejo de pensar en esa isla

Francisco R. Pastoriza

El final trágico de Benjamin es conocido: huyendo del nazismo a pie a través de los Pirineos fue detenido por la policía franquista en el puesto fronterizo de Port Bou en septiembre de 1940. Ante la imposibilidad de huir y para no tener que regresar a Francia, decidió suicidarse la misma noche del día que lo detuvieron.

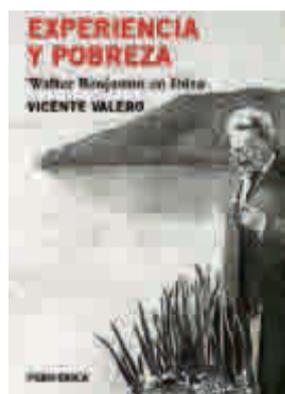
Su intención era trasladarse a los Estados Unidos desde España, un país que le traía los buenos recuerdos de dos estancias en la isla de Ibiza en los años 1932 y 1933. El escritor Vicente Valero rescata la memoria de aquellos días en su libro "Experiencia y pobreza. Walter Benjamin en Ibiza" (Periférica) a través de testimonios de personas que tuvieron relación con el escritor alemán, de su correspondencia con amigos y conocidos y de los textos de sus obras en los que escribió sus experiencias en la isla y con las personas con las que trató allí.

Walter Benjamin quedó fascinado con el paisaje y con las gentes de Ibiza cuando llegó por primera vez el 19 de abril de 1932 desde Barcelona en el "Ciudad de Valencia", un viaje que recreó más tarde en su obra "Catania". Tenía 39 años y aquella naturaleza virgen, aquellas costumbres ancestrales mantenidas desde tiempo inmemorial por campesinos que practicaban una agricultura arcaica de subsistencia, y el descubrimiento de las casas tradicionales, en las antípodas de la moderna arquitectura de hierro y cristal que se estaba imponiendo en toda Europa y que Benjamin odiaba, colmaban en buena medida el modelo de vida que perseguía y su condición intelectual. Se instaló en una de aquellas casas en las afueras de San Antonio, el pueblo en el que recopiló historias que le contaban los campesinos y los marineros de la isla, las que publicó en "El narrador" y en "Imágenes que piensan". Había escogido Ibiza para pasar unas cortas vacaciones, que se prolongaron más de tres meses, animado por su amigo Felix Noeggerath, que hacía algún tiempo que vivía en la isla con su esposa y con uno de sus hijos. Por fin había encontrado un lugar donde trabajar a gusto, olvidar sus problemas personales, gozar de un clima que le permitía tomar baños de sol y de mar casi todo el año y dar largos paseos en contacto con la naturaleza, experiencias que trasladó a obras como "Al

## Un libro de Vicente Valero recoge las dos estancias de Walter Benjamin en Ibiza

sol", "Una tarde de viaje" o "La cerca de cactus", ficciones en las que recreó figuras de personajes que conoció y trató, como el empresario José Roselló Cardona o Jokisch, el exmarino cazador de lagartijas y simpatizante de Hitler a quien el fotógrafo dadaísta y escritor Raoul Hausmann, residente en la isla, también convirtió en uno de los personajes de su novela "Hyle".

En abril de 1933, después de comprobar que Berlín se había transformado en una ciudad peligrosa para los judíos y los intelectuales izquierdistas tras la llegada de Hitler al poder, Walter Benjamin buscó de nuevo en Ibiza un lugar en el que continuar su trabajo sin sobresaltos ni amenazas, aunque no podía desprenderse de sus preocupaciones: su hijo detenido por los nazis, su hermano asesinado, su exmujer huída a Italia, su pasaporte a punto de caducar... Esta vez Benjamin encontró en Ibiza un ambiente enrarecido. Al contrario que en su estancia anterior,



### Experiencia y pobreza

VICENTE VALERO  
Periférica, 240 páginas

no pudo encontrar un alojamiento digno, en parte porque su situación económica se había deteriorado. Se alimenta mal, rompe con algunos de sus amigos de la isla, entre ellos los Noeggerath y el matrimonio Jean y Guyet Selz, con quien compartía experiencias con opio y hachís y cuya ruptura frustró la traducción al francés de la obra de Benjamin "Infancia en Berlín hacia 1900".

Dos amistades de esta etapa van a marcar profundamente a Benjamin. Una de ellas fue la que mantuvo con Paul René Gauguin, nieto del pintor, con quien compartía largos paseos y excursiones por mar y tierra. Gauguin inspiró algunos de sus relatos: "Conversaciones sobre el corso" y "Tener buena mano". La otra fue con Maximilian Vershpool, a quien convirtió en su secretario (mecanografiaba sus escritos sin remuneración e incluso lo ayudaba económicamente), y que resultó ser un nazi que más tarde fue Jefe de Sección de las SS en Hamburgo.

Una de las pocas experiencias gratificantes que vivió durante esta segunda estancia en Ibiza fue su relación con Anna María Blanpot ten Cate, una pintora holandesa de 30 años que llegó a la isla huyendo aterrorizada de un Berlín en el que se perseguía a los judíos y se quemaban montañas de libros. El amor que surgió entre ellos le compensaba de los momentos amargos que sufría en esta etapa y le daba la oportunidad de vivir un último romance. A Anna María dedicó Benjamin dos poemas y un texto enigmático, "Agesilaus Santander". Posiblemente pesara en la decisión de Benjamin de abandonar la isla el 26 de septiembre de 1933 su ansiado reencuentro con Anna María en París, a donde se había trasladado la joven. Pero las cosas se iban a torcer cuando Blanpot ten Cate abandonó París para casarse con su amante Louis Seller y Walter Benjamin fue confinado en un campo de concentración francés del que salió gracias a la intervención de algunos amigos, que le animaron a viajar a Estados Unidos, donde le reservaban un trabajo a la altura de sus capacidades intelectuales. Cuando lo detuvieron parece ser que estaba decidido a emprender ese viaje. O tal vez a volver a Ibiza porque, según confesaba en una carta a su amigo Alfred Cohn, "No dejo de pensar en esa isla".

# La gota que explica el mar

Juan Gaitán

Una gota es suficiente para explicar el mar. El océano entero cabe en ella, en su composición, en su estructura, en sus cualidades. Si la miras con la suficiente atención, hasta oleaje tiene. Todo se puede explicar, pues, a partir de su fragmento más pequeño, a partir de esa célula indivisible, esa partícula mínima en que la parte sigue siendo el todo.

Veamos, así, el mundo. El mundo, ya lo sabíamos por Macondo, por Santa María, por Yoknapatawpha, se puede contar y hasta explicar desde una pequeña ciudad, desde una aldea. Y también, como hace ahora Miguel A. Zapata (Granada, 1974), desde un edificio de cuatro plantas en una calle anodina de una ciudad indeterminada. Y hacerlo con la solvencia del que sabe que lo micro es la esencia de lo macro.

Durante la lectura de "Arquitectura secreta de las ruinas", su segunda novela, recordé varias veces el clásico de Vélez de Guevara, "El Diablo Cojuelo", aquel demonio que, liberado por un estudiante de la redoma donde le habían encerrado, levanta los tejados de los edificios para que su libertador pueda contemplar a sus habitantes en la mayor intimidad, tal como son, con todos sus vicios y cualidades.

De alguna forma, Zapata nos lleva por ese camino, pero desde una perspectiva más audaz. En vez de enseñarnos la vida íntima alzando los tejados mágicamente, nos muestra el edificio en su corrupción, en su desmoronamiento. Y convierte el edificio, así, en trasunto de un mundo que también se desmorona,

en sinécdoque perfecta del momento histórico que nos toca vivir, este fin de una era que da sus últimas boqueadas. No tiene dudas en esto el autor, cuando, ya en la página 10, señala: "desmoronarse es el destino de todo".

Como ya hemos establecido, un edificio es un mundo y una grieta en un edificio es una grieta en el mundo. Y esa grieta se extenderá a quienes lo habitan, a la pareja sin hijos y sin futuro que oye llorar



### Arquitectura secreta de las ruinas

MIGUEL A. ZAPATA  
Ed. Baile del Sol, 194 pp.

un niño por las noches, al argentino que ejerce de tal como modo de ser aceptado, al suicida, a la vieja cotilla, al pretencioso presidente de la comunidad...

Pero no todo es tan directo en la literatura de Miguel A. Zapata. A medida que avanza en la lectura uno acaba pensando si la grieta afectó a las vidas o no es más que una materialización de las grietas que las vidas ya tenían, si el edificio se derrumba porque se derrumban las vidas que lo habitan, sobre un universo de secretos que van saliendo a la luz a medida que se van abriendo grietas, a medida que el exterior invade el interior.

Y todo eso lo cuenta Zapata con una firmeza, con una solidez narrativa, que contrasta con la fragilidad de sus protagonistas, de esos personajes y ese edificio que se resquebrajan, que se rompen, que se desmoronan. Miguel A. Zapata, con un lenguaje brillante y preciso, el mismo que hemos disfrutado y admirado en sus cuentos y en sus microrrelatos, nos envuelve en una atmósfera de la que sabemos, desde el principio, que no hay salida, que al final están las ruinas, que estamos, como todo el mundo, como todo en el mundo, en manos de "las fuerzas que separan las cosas".

